

TRIBUNA LIBRE | **MARÍA GONZÁLEZ CORRAL** {Decana del Colegio de Ingenieros de Caminos}

# Presas y embalses, un patrimonio de todos



El agua no la dan los ríos, sino las presas. Aunque solo fuera por esto, son del todo imprescindibles



No cabe duda de que la construcción de presas ha tenido y sigue teniendo mala prensa en nuestro país, acaso más que en otros países de nuestro entorno, principalmente por motivaciones sociales y medioambientales. Sin embargo, conviene destacar que desde hace muchos años ninguna otra obra pública se somete a unas exigencias medioambientales tan estrictas, y que los procesos de información y participación pública promueven activamente un protagonismo plural y efectivo de la sociedad civil. Sea como fuere, lo cierto es que las presas que embalsan las aguas de nuestros ríos resultan obras hidráulicas imprescindibles, si quiera fuera porque garantizan el 70 por ciento del agua potable que consumimos y porque constituyen, además, una fuente de energía limpia de que no deberíamos, de que no podemos prescindir.

En primer lugar se quieren imprescindibles porque en un país como el nuestro, con regímenes de estiaje ya de por sí muy acusados, el cambio climático provocará -así lo prevén los planes hidrológicos- que las aportaciones hídricas acusen una minoración notable y una mayor irregularidad temporal, de ahí que para conseguir una transición hidrológica exitosa los embalses deberían de jugar un papel más determinante que el actual, ya sea para asegurar el abastecimiento humano y de uso industrial con una garantía suficiente, ya sea para preservar -o incrementar- los actuales caudales ecológicos, ya sea para mitigar episodios de sequía o de inundaciones, o ya sea para hacer más resilientes y medioambientalmente sostenibles nuestras ciudades y pueblos.

Es por ello que no debería deseñarse la construcción de nuevas balsas y presas de regulación -o el recrecimiento de algunas de las existentes- como herramienta válida de política hidráulica y especialmente indicada para la nueva gobernanza del agua.

En este punto conviene aclarar que la capacidad de regulación sobre aportaciones en la cuenca del Duero es tan sólo del 60 por ciento; que no existe ningún embalse con capacidad de regulación hiperanual; y que la mitad de la capacidad de almacenamiento se concentra en la parte baja de la cuenca, en la frontera con Portugal, estando así pues limitado el aprovechamiento -tanto espacial como de usos- de buena parte del agua embalsada en la cuenca.

Por otra parte, y con mayor razón en una región como la nuestra, el agua no sólo ha de contem-

plarse como un bien público y medioambiental irremplazable, sino también como elemento definitorio de cualquier estrategia territorial: la fijación de población en el mundo rural pasa necesariamente por potenciar la agricultura de regadío y las industrias agroalimentarias vinculadas. Asimismo hay que subrayar que, a diferencia de lo que ocurre en regiones del centro y del norte de Europa, los cultivos en Castilla y León se muestran más sensibles a las variaciones meteorológicas anuales, pudiéndose dar en las cosechas unas desviaciones medias del 25 por ciento de un año a otro, muy especialmente por causa del desigual régimen de lluvias.

Para mitigar estas fluctuaciones debe asegurarse un capacidad mínima y suficiente de almacenamiento en embalses, si bien ello no está reñido, claro es, con la obligada, sustancial y prioritaria reducción del consumo de agua en los usos agrícolas, una reducción que se debe principalmente a la modernización de regadíos, que propicia notables disminuciones en el consumo por hectárea y que asegura así un uso más racional de un recurso regulado y escaso como es el agua. Por lo demás, acaso los tradicionales cultivos de secano serán al cabo los más perjudicados por el cambio climático en nuestra región, por lo que en buena lógica debería de apostarse por incrementar la superficie dedicada al regadío.

Por último, apenas si se tiene conciencia del valor patrimonial y estético de las presas, ni por parte de las Administraciones públicas ni por parte de la propia sociedad -las agencias de viajes no incluyen aún en sus «paquetes turísticos» visitas a las presas-. Vale con contemplar cualquiera de las presas de los Saltos del Duero: Aldeadávila, Almendra, Ricobayo... para comprobar que este tipo de obras también merecen un juicio valorativo. El intenso exotismo de estas esculturas ciclópeas, la inteligencia geométrica de sus formas y su condición de objet trouvé en medio de la naturaleza deberían ser razones más que suficientes para su disfrute y reconocimiento estético. A ello habría de sumarse la divulgación de las historias que hay detrás de la construcción de estas obras hidráulicas, unas historias que, sin asomo de exageración, merecen el calificativo de épicas.

En fin, a modo de conclusión no está de más señalar nuevamente lo evidente: el agua no la dan los ríos, sino las presas. Aunque solo fuera por esto, son del todo imprescindibles.

## Elogio de la vida imperfecta



EL BLOC DEL GACETILLERO  
**JESÚS FONSECA**

Entender la imperfección de la vida y saber lidiar con ella es una de las mayores pruebas de sensatez humana

Cuando David se dispone a dar la batalla contra Goliath, Saúl lo protege con una armadura de aquí te espero. Pero el muchacho, con esos arreos encima, apenas logra moverse, por lo que se libra inmediatamente de aquellos capisayos y avanza desnudo, como vino al mundo, contra el enemigo. Y así, provisto de una honda con cinco cantos rodados, vence al gigante.

Triunfa el que parecía más frágil. Entender la imperfección de la vida y saber lidiar con ella es, tal vez, una de las mayores pruebas de sensatez humana. ¿Quién no está sujeto a irritantes imperfecciones? Por eso es más razonable asumir las propias limitaciones, que ir sobrado por la vida. Como es más inteligente, también, sobrellevar con paciencia a los demás, en lugar de esperar que cambien para adaptarse a nosotros.

A estas y otras vainas, que tienen que ver con lo quebradizo del ser humano, dedica su *Elogio de la vida imperfecta* Paolo Scquizzato, un escritor al que sigo de cerca, por su hondura y genialidad. Saber reconciliarse con los límites y carencias que nos singularizan, nos humaniza a nosotros y a nuestras relaciones con los demás. La perfección no existe en esta tierra. Todo está marcado por la fragilidad y las sombras. Descubrir que precisamente allí está nuestra riqueza, es el mejor negocio que podemos hacer.

Para Scquizzato, nada de lo que llevamos dentro merece ser despreciado, por más endeble que parezca. Nada. En realidad, es bien larga la lista de personas imperfectas que aúpan la vida, día tras día. Tal vez porque fueron conscientes de su verdad. Esa obstrucción en que deberíamos ser de otra manera, para ser aceptados por los otros y hasta por Dios, no es una buena idea. No hay nada, dentro de nosotros, por más imperfecto que sea, por más limitados que seamos, que no nos ayude a crecer.

Lo que importa es conocernos, aprender a hacer buen uso de nuestros límites, para acoger y compartir. El resto es paisaje. Ganas de marear la perdiz e hinchar el perro. Nuestra flaqueza puede ser la fuerza más grande. ¿Quién lo diría? Cuando le tomamos el pulso a nuestros límites, es cuando comenzamos a andar en la verdad y experimentamos la humildad que no es otra que cosa que «andar en la verdad», al decir de la Santa abulense. Sí, nuestra endeblez, es una fuerza más grande que cualquier otra. «Cuando soy débil, entonces soy fuerte», advierte Pablo de Tarso. Los perfectos no son gente de fiar.